II.

EL AMOR EN EL JAPON.

Todos los viajeros elogian, no solo las cualidades morales del bello sexo en el imperio del Este, sino tambien sus encantos físicos. Las japonesas, sin ser precisamente hermosas, tienen generalmente una fisonomía muy simpática. La piel no es blanca como la de las europeas, pero pronto se habitúa uno á su matiz aceitunado. Sus gestos son de una gracia natural llena de distincion.

En cuanto á su vestido, es casi el mismo que el de los hombres; consiste en una série de túnicas largas y muy anchas sobrepuestas las unas á las otras. En las clases inferiores, estas túnicas son de simple algodon. Las gentes de buena posicion las usan de seda. Los nobles hacen tejer en la tela el diseño de las armas de su familia. A veces se contentan con reproducirlo por medio de un bordado que les cubre la espalda y el pecho. Un cinturon ó faja mas ancha para las mugeres que para los hombres, que da dos vueltas al cuerpo y atado con un gran nudo, sostiene todas esas tú-

nicas. El nudo de la faja sirve para distinguir las mugeres casadas de las solteras.

Las mangas japonesas son de un largo y de un ancho tan extraordinario, que nos parecerian embarazosas. Las señoras, sobre todo, las llevan tocando al suelo. Una parte de la manga izquierda está cosida en forma de bolsillo, y allí es donde guardan los pequeños pedazos de papel que les han servido para limpiarse las narices, esperando una ocasion favorable para arrojarlos.

En las mugeres los bordados que adornan sus túnicas son en mayor número y de colores mas brillantes.

Este es el traje de uso ordinario.

El de las grandes ceremonias consiste en un sobretodo de tela generalmente azul, y sembrada de flores hordadas en seda blanca. Este sobretodo baja á medio cuerpo, llevando plegadas hácia atrás las extremidades, á fin de dar mas cuadratura á las espaldas.

El calzado no es la parte ménos original del traje japonés.

En la calle las mujeres llevan una simple plantilla de paja tejida ó de madera sujeta al pulgar por medio de un anillo. Este calzado es muy incómodo; se arrastra mas que se lleva, y dá á las japonesas ese aire tardo y pesado que agrada particularmente á los japoneses, y que nosotros en Europa hallariamos muy desgraciado. Cuando entran en una casa, dejan su calzado á la puerta, y toman unos zapatos que les cubren el pié hasta el tobillo.

El tocado de las japonesas consiste en un turbante formado con sus propios cabellos.

Para sostener el tocado, y tambien para adornarle, se sirven de numerosos alfileres de madera de laca, largos hasta de quince pulgadas, muy trabajados y de un pulimento admirable. Estos alfileres cuestan muy caros y constituyen uno de los mayores lujos de las mugeres en el Japon, las cuales, al revés de las otras mugeres del mundo, desdeñan las joyerías. A los alfileres de los cabellos añaden á veces algunas flores naturales.

Las señoritas, pero solamente ellas, llevan sus cabellos en forma de alas de pichon.

En cuanto á las mugeres separadas de sus maridos, se rapan enteramente la cabeza como señal de luto, dejando ver vu cráneo amarillo y reluciente.

Parece que las japonesas no gustan del color de su piel, porque tratan de disimularlo bajo capas de blanco de y rojo. Ademas, se pintan los lábios de color de púrpura. Las mugeres casadas se barnizan de negro los dientes, y completan los cuidados de su persona arrancándose las cejas.

Los japoneses salen con la cabeza desnuda; pero, cuando llueve, la cobijan bajo un sombrero redondo de paja admirablemente tejida y de extremada finura. El abanico les sirve de sombrilla.

El abanico es considerado en este país como un objeto de primera necesidad, no solo para las mugeres, sino para los hombres de todas las condiciones, sacerdotes, soldados, religiosos, mendigos, etc. Sobre el abanico recibe el japonés los dulces que le ofrece la dueña de la casa á donde va de visita; el mendigo extiende su abanico para recibir la limosna; el elegante se distrae con su abanico á manera de baston-junco; el maestro reemplaza la férula ó palmeta con el abanico, y con él pega á los escolares; el sacerdote hace la colecta piadosa con su abanico, sobre el cual lleva impresas las oraciones, y lo mismo hacen los monjes. El abanico es para el soldado japonés lo que el *switch* es para el soldado

inglés desarmado en las calles de Lóndres. El viajero lleva un abanico, sobre el cual van impresas una carta geográfica de los lugares que debe recorrer, con el nombre de las posadas que se encuentran en el camino, y la tarifa de los comestibles. Es un verdodero abanico-guía. En fin, con un abanico presentado de cierta manera á un criminal de alto nacimiento, es como se le hace saber que ha llegado su última hora. Cuando él adelanta la mano para coger el abanico, el verdugo le corta la cabeza.

En el Japon no pasa lo que en Europa, donde solo se juzga aptos á los hombres para el estudio de las ciencias. Allí las mugeres reciben una instruccion que en nada difiere de la de los hombres. Así no es raro hallar mugeres hechas doctoras en todos los ramos de los conocimientos humanos.

Las bibliotecas públicas encierran obras muy apreciables sobre las ciencias exactas, sobre la política, sobre la filosofía, firmadas por mugeres casadas y solteras.

Lo primero que se enseña en las escuelas japonesas es á hablar y á escribir correctamente la lengua del país. En seguida se inicia á los escolares en los misterios de la religion, y se les enseñan las ceremonias y oraciones por medio de las cuales se complace la Divinidad en ser adorada en este país.

Despues del estudio de la religion, se ocupan de la lógica, lo cual es muy diferente; en seguida se pasa á la elocuencia, á la filosofía, á la historia, á la pintura, á la música y al baile.

La situacion de las mugeres casadas es muy extraña; libres en sus personas, salen solas, toman parte en las fiestas públicas, tan numerosas en este país, y los maridos no quieren otra garantía de la fidelidad de sus esposas que el sentimiento del honor, tan susceptible entre las japonesas, y.... la pena de muerte, que seria el castigo de su falta.

La japonesa más es un mueble que una esposa. No solamente está colocada bajo la completa dependencia de su marido y debe obedecerle en todo y siempre de la mejor voluntad, sino que es obligada á obedecer ciegamente á su padre, á su madre, á sus hermanos; de suerte, que una gran parte de la vida se pasa en ejecutar las órdenes, con frecuencia contradictorias, que cada uno le da á su vez. Por otra parte, no tiene ningun derecho en la comunidad, y su testimonio no es admisible en juicio.

El marido tiene el derecho de repudiar á su muger, y ella no lo tiene en ningun caso para separarse de él.

La sola condicion impuesta al marido japonés que quiere separarse de su esposa, es la de suministrar á esta medios de vivir, segun su categoría, á ménos que el marido haga saber ciertos motivos ante los tribunales, tales como, por ejemplo, la esterilidad de la muger, en cuyo caso el juez declara que no le debe indemnizacion alguna. Entónces ella no tiene mas que un derecho: el de morir de hambre.

La esposa japonesa, que no puede jamas pedir su separacion del marido y que siempre teme ser repudiada, tiene el deber de distraer sin cesar á su tierno esposo con sus talentos, cantando acompañándose con la guitarra. pintando, bailando, interesando su espíritu con narraciones instructivas y variadas.

Mas si acontece que, á pesar de todos sus talentos, la muger japonesa deja de agradar á su marido, este introduce en el domicilio conyugal tantas mugeres ilegítimas como le plazca. Estas últimas, aunque de derechos inferiores á la esposa, no son en modo alguno consideradas como culpables

y se acepta como regular su posicion en la sociedad. De todos modos, las concubinas, en señal de inferioridad, no pueden raparse las cejas; lo cual las hace mucho mas lindas que las mugeres casadas para los europeos, pero á ellas les causa profundo pesar, por cuanto las cejas son consideradas en el Japon como cosa supérflua y un signo de envilecimiento.

Por lo demas, las concubinas siguen bajo la dependencia de la muger casada, la cual las trata generalmente con dulzura. Jamas se muestra celosa de las mugeres ilegítimas que la rodean, hallando muy natural en su marido una conducta, que en sí misma consideraria como monstruosa.

Nada mas raro, en efecto, entre las mugeres japonesas, que el crímen de adulterio; apénas, segun los historiadores que han escrito sobre este país, tierra prometida de los hombres casados, la estadistica registra cada año algunos casos.

Se citan numerosos ejemplos de mugeres que, no pudiendo sobrevivir á su deshonra, ellas mismas se han quitado la vida.

Entre otros casos, los poetas del Japon cantan en sus versos el siguiente:

Un hombre de la mas alta nobleza parte para un largo viaje, dejando en su casa á su muger jóven y hermosa. Otro, de no ménos nobleza, y amigo íntimo de su marido, la solicita. Muéstrase desde luego reservado y habla sobre todo del pesar que le causa la ausencia de tan excelente amigo, cuya pena comparte con la muger. Bien pronto, sin embargo, se apercibe esta de que el amigo de su marido es un falso amigo, y de que ella es el objeto de su aficion. Naturalmente se indigna y quiere lanzar de su casa al lobo disfrazado con la piel de oveja. El lobe resiste, y como es el mas fuerte

triunfa en la lucha, haciendo una victima en vez de una conquista.

El marido regresa. Su muger le trata con afecto, mas ya no tiene para él ese tierno abandono que otras veces formaba el encanto de su union. Suplícale el marido que se explique, pero ella guarda silencio; el marido insiste.

«Pues sea lo que gustes, dice ella, mañana lo sabrás todo.»

Al siguiente tenian una gran reunion para celebrar el regreso del noble viajero. Entre los convidados se hallaba el seductor. Despues de la comida y de pasatiempos variados, cuando los convidados se disponen á retirarse, la muger ultrajada toma la palabra y descubre la conducta del infame que la ha deshonrado. Despues suplica á su marido que la mate, pues no puede sufrir por mas tiempo su desgracia. El marido rehusa castigarla por una falta de que ella no es moralmente responsable. Ella se muestra reconocida y se echa llorando en los brazos del marido, que la recibe con ternura; pero aprovechando la víctima un instante en la confusion general, se arranca precipitadamente de los brazos de su esposo y se arroja del terrado á la calle, cayendo hecha pedazos. Vuelan en su socorro; pero en lugar de un cadáver, encuentran dos: el culpable seductor se habia hecho justicia abriéndose el vientre al lado de su víctima, segun el uso establecido en la buena sociedad del Japon.

Los japoneses, que rodean de ceremonias mas ó ménos complicadas todos los actos de la vida, las tienen tambien para las mujeres que se disponen á ser madres. Desde los primeros síntomas que declaran el estado interesante de la muger legítimamente casada, los parientes de esta, sus amigas y algunos sacerdotos budhistas, se reunen para ceñir su cintura con una faja de crespon rojo, la cual no debe quitarse hasta

el nacimiento del niño. Durante esta ceremonia, cuyo uso se remonta á mil seiscientos años, se dicen ciertas oraciones.

Hé aquí el orígen de ese emblema: en aquella época murió á la cabeza de su ejército el soberano del Japon, combatiendo por la conquista de la Corea. La muerte del gefe del Estado podia comprometerlo todo, y ya vacilaban los soldados, cuando la viuda del monarca, no escuchando mas que su patriotismo, se ciñó una faja de crespon rojo, y á pesar de su estado de embarazo ya adelantado, se puso al frente del ejército. Tan heróica conducta estimuló el ardor de las tropas y la Corea fué conquistada por el Japon.

En memoria de este hecho, se estableció desde entónces la ceremonia referida.

Pero los japoneses reservan otras muchas á la muger que llega á ser madre. Al punto que el niño nace, se la sienta medio acostada en la cama, y se la sostiene con unos sacos de arroz, colocados por detras y bajo los brazos. En esta postura ha de estarse inmóbil durante nueve dias, comiendo lo ménos posible y constantemeste despierta. Semejante régimen mataria infaliblemente á la mas robusta europea; las japonesas se someten á él, sostenidas por la fé religiosa que se lo manda, sin que sientan malos efectos. Ademas, se las ordena permanecer en su casa durante cien dias.

Despues de este tiempo, la madre va al templo para dar gracias á Dios de haber librado bien, y vuelve á tomar sus ocupaciones domésticas.

Con frecuencia sucede que haga ciertos votos creyéndose en peligro de muerte, en cuyo caso, cumple religiosamente el voto ó promesa, que consiste generalmente en ofrendas para los pobres y sobre todo para la Iglesia, en peregrinaciones, en compras de imágenes sagradadas.

Mis lectores me permitirán entrar en algunos detalles relativos á los reciennacidos.

Nacido el niño, lo bañan, y lo dejan enteramente desnudo durante treinta y un dias, si es varon; durante treinta si es hembra. Segun los médicos japoneses, nada es mas contrario á la salud de los niños, durante los primeros dias de su vida, que cubrirles el cuerpo con vestidos. Es menester, dicen, que los reciennacidos tengan entera libertad en sus movimientos. Al niño se viste por primera vez trascurriendo el plazo que hemos dicho, y ese dia mismo se le pone nombre, con un ceremonial muy parecido en algunos puntos á la ceremonia del bautismo entre los católicos.

Se le lleva al templo, seguido de sus parientes y de criados con las envolturas mas ó ménos ricas, segun la fortuna de la familia. Una sirviente va detrás del cortejo, cargada con un pequeño cofre, donde lleva dos cosas: el dinero para el sacedote, y un papel en que van inscritos los tres nombres. Se ofrecen á los dioses que elijan entre estos tres nombres; los dioses eligen, instruyen á los que ofician y estos dan el nombre elejido al niño, asperjándole con agua bendita.

Despues se inicia al reciennacido del sexo masculino, que ni sabe lo que se le dice, en los misterios del *hara-kiri*, literalmente *pronto despacho*.

Este pronto despacho, es simplemente la manera de que todo japonés bien nacido ha de valerse para abrirse el vientre el dia en que por un motivo cualquiera le convenga acabar con la existencia.

Patentizado este misterio, termina la ceremonia con cánticos sagrados, acompañados de diversos instrumentos musicales.

El japonés se casa jóven, y es mal mirado en sociedad el que se casa con una muger de condicion inferior á la suya.

Los medios que emplea para expresar sus sentimientos á la que ama, son bastantes complicados.

Colocando una rama florida en un lugar designado de la casa habitada por la señorita, es como se asegura el pretendiente de si será ó no recibido como esposo. Si la rama no es recogida por la jóven, el pretendiente no tiene otro recurso que fijar en otra su amor. Si lo contrario tiene lugar, él es aceptado por marido. Si á la vez que recoge la rama florida, la señorita se barniza con negro los dientes, el enamorado se considera el mas dichoso de los mortales, pues es prueba de que no solo le recibe por esposo, sino de que le ama con gran pasion. Desde este momento ella cesa de arrancarse las cejas, y no se las quita ya hasta el dia del matrimonio.

Una vez arregladas entre los padres de los futuros cónyuges las cuestiones de interes, se designan de comun acuerdo dos dias: uno para la entrevista de los prometidos, que se supone no haberse visto nunca, y otro para el matrimonio.

A partir desde este momento, el novio envía regalos á su prometida, mas ó ménos ricos, segun su posicion.

Algunos dias ántes de la celebracion del matrimonio se reunen los padres de la novia para proceder, con la asistencia de algunos sacerdotes budhistas, á una ceremonia bastante original: amontonan los juguetes de la jóven, muñecas, dijes, etc., y los queman en señal del cambio de condicion que en ella va á operarse.

Despues se ocupan del ajuar y del mobiliario.

El ajuar puede ser rico y de importancia, pero el mobiliario no es mas que una bagatela en un país en donde las esteras de junco reemplazan con ventaja á las sillas, banquetas,

sofás, etc. El mobiliario de una japonesa que va á casarse se compone generalmente, á mas de las esteras de junco con que se tapizan las habitaciones, de un torno, de un bastidor para bordar y de algunos utensilios de cocina. Estos diferentes objetos son trasportados con gran pompa al domicilio del marido, el dia de la boda, y expuestos á la vista de los curiosos.

Por lo que hace á la celebracion del matrimonio en la iglesia, en ninguna parte hemos encontrado detalles precisos. Los unos afirman que ninguna solemnidad religiosa acompaña á este acto, considerado en el Japon como puramente civil. Otros, y estos nos parecen los mejor informados, consideran que, puesto que los sacerdotes asiste al *auto de fé* de los juguetes de la novia, ellos deben necesariamente orar en el templo por la felicidad de los nuevos esposos, y bendecirlos.

Un viajero, que asegura haber visto celebrar varios matrimonios en los templos en el Japon, dice que la union de los esposos es consagrada por un sacerdote en la iglesia á donde estos últimos acostumbran asistir. La ceremonia tiene lugar de noche, y consiste en oraciones y bendiciones hechas á la luz de dos antorchas, una de las cuales sostiene el marido, y la otra la mujer. Unicamente los próximos parientes asisten á la bendicion nupcial, y todos los convidados esperan en la calle, á donde la ceremonia se acaba con pompa.

La casada es vestida de blanco, como en Europa, y, como aquí tambien, se la cubre allí con un velo del mismo color. Este velo, que le servirá de mortaja, le es regalado por su familia, como un emblema alegórico cuyo significado es que ella ha muerto para su familia. Con este traje, la desposada se sienta en un rico palanquin, y rodeada de todos sus parientes, seguida de todos los convidados en traje de cere-

monia, atraviesa así lentamente algunos de los principales barrios de la ciudad. Despues de un paseo que nunca dura menos de dos ó tres horas, llegan por fin á casa del marido.

La desposada, siempre envuelta en su velo-mortaja, entra en la pieza principal, seguida de dos de sus compañeras de juego, y encuentra allí, sentado en el lugar de preferencia, al marido, rodeado de sus parientes, los cuales, como él, no han formado parte del cortejo, volviendo directamente de la iglesia á su casa. En medio de esta pieza se levanta una mesa ricamente esculpida, cubierta de pinturas finas, representando un roble, una acacia con flor, grullas y tortugas; objetos que son las emblemas de la fuerza del hombre, de la belleza de la mujer, y de una larga y feliz existencia.

Sobre otra mesa, mucho mas sencilla que aquella, está colocado todo lo necesario para el saki.

El saki, especie de cerveza fuerte, es la bebida favorita y nacional del Japon. Con el tabaco y las confituras, el saki es indispensable en esta parte del Oriente.

La desposada, con toda la etiqueta que las circunstancias requieren, se separa de sus compañeras de juego, y se coloca al lado de la mesa en que se halla la bebida favorita.

Entónces empieza el consumo del saki, con acompañamiento de interminables formalidades. Tomadas las primeras copas, los criados traen la comida.

El pescado crudo es uno de los platos mas del gusto japonés. En cambio comen las ostras cocidas.

Las compañeras de la desposada tienen luego una ceremonia, en la que ellas no creen nada. Le expresan cuanto mas agradable es la vida de las solteras que la de las mujeres casadas, y cuánto sienten verla separarse de ellas, de los juegos que formaban sus delicias, por tomar el cargo de la dirección de una casa, por la vida matrimonial, siempre difíci y con frecuencia fatal á la mujer, que no tiene la dicha de agradar siempre á su esposo. Terminan haciendo votos por la felicidad de la recien casada, y expresan la alegría que experimentan en volver á sus juegos favoritos.

Tres dias despues, los recien casados van á saludar á los parientes de la esposa, lo cual constituye el último acto de esta comedia social de grande espectáculo.

La mujer, que tal vez á los pocos meses de matrimonio se ve rodeada de las *doncellas de honor* de que antes hablamos, ó, lo que es peor aún, se cree repudiada con la obligacion de raparse la cabeza, únicamente porque deja de agradar á su marido y quiere éste volver á casarse, esta mujer tiene al menos algunas semanas de buen tiempo, durante las cuales asiste con su marido á todo género de diversiones, tan numerosas en el Japon.

Desde luego, y para hacer gala de la riqueza de su guarda-ropas, asiste todas las noches al teatro, y cambia hasta tres veces de traje durante la representacion. Es como lo digo. Los principales teatros en el Japon, están dispuestos de manera que permiten á las mujeres hacerse y variar su tocado. Las elegantes van al teatro á la manera que nosotros vamos á un viaje; con dos ó tres maletas que encierran los trajes para los cambios.

A cada entreacto, la elegante pasa al tocador y reaparece en su palco bajo un nuevo aspecto. Seguramente que nada ganará la pieza ejecutada, cuando toda la atencion se pone en estos cambios de trajes. Pero ¡qué importa! El espectáculo es un entretenimiento, y nada agrada mas á los espectadores que ese aparato de coquetería esencialmente japonesa.